

La posición del desdichado Sedecías entre las exigencias de los que habían querido arrancarle cualquier esperanza de venganza y las aspiraciones legítimas de los patriotas que le rodeaban, no podía sostenerse. Jeremías, lleno de rabia, tocaba cada día a rebato. Por otra parte se iba levantando de nuevo Egipto. La alianza egipcia brillaba sin cesar ante los judaístas y la mayoría creyeron que Egipto se dejaría arrastrar por ellos. Era una fala, pero de esas que es imposible no cometer. El advenimiento del rey de Egipto, Ouafrá (Apries), que inauguró un reinado enérgico y brillante, parece que fue la ocasión que determinó esta alianza que se podía considerar ajustada virtualmente desde hacía tiempo. Tiro y las demás ciudades de Fenicia entraron en la liga. En cambio los amonitas, los moabitas, los edomitas y los filisteos siguieron, al parecer, fieles al rey de Babel.

Rápidamente Ezequiel supo, a las orillas del Éufrates, lo que iba a ocurrir. Una de sus visiones más bellas es aquella en que ve de lejos la espada caldea, vacilante acerca del camino que ha de seguir.

En el año 590 se declaró la rebelión. Nabucodonosor estaba entonces en el auge de su poderío y pudo concentrar todas sus fuerzas en Siria. El conquistador llevaba consigo pueblos y naciones, todo un mundo. Se estableció el cuartel general en Ribla, cerca de las fuentes del Orontes. Desde allí se emprendió el camino hacia la costa. Sidón se rindió sin resistencia. Tiro resistió, gracias a su posición insular. Los sitiadores tuvieron que contentarse con impedir a los tirios la comunicación con tierra firme y, en general, el abastecimiento de aguas. Mientras seguía el bloqueo, Nabucodonosor atacó a Judea. Sedecías se encerró en Jerusalén, dejando a los enemigos las ciudades y provincias. Empezó el sitio de Jerusalén. La ciudad, rodeada de fuertes pendientes por tres lados, no era atacada más que por el Norte. El campamento de los sitiadores se situó en la meseta donde están ahora los establecimientos rusos. Las torres de ataque y las líneas de circunvalación se dispusieron según el procedimiento lento, pero infalible, de la poliorcética asiria. Así como el sitio de Samaria había durado tres años, el de Jerusalén duró dos. La exaltación religiosa se hizo extrema entonces. Ocurrieron en el siglo VI, bajo la presión de Nabucodonosor, los mismos fenómenos que se verificarían seiscientos años después, cuando la atacó Tito.

Sedecías y sus oficiales querían la guerra a pesar de todo. Jeremías

convencido del mal resultado de la defensa, deseaba la rendición inmediata a los caldeos. En realidad acertaba el anciano profeta, pero la violencia de su lenguaje rebasaba todos los límites. Cuando se acercaba Nabucodonosor, Sedecías le envió a Ioukal y al sacerdote Sefaniah para pedirle que orara a Jehová, con objeto de lograr que éste obligara a retirarse, con algún milagro, a los enemigos. La contestación de Jeremías fue desesperante. La sentencia de Jehová era irrevocable, y todos habían de perecer sin remedio. En otra ocasión, el vidente siniestro invitó a rendirse a cuantos desearan salvarse; de otro modo, tendrían que escoger entre la muerte, el hambre y la peste. En sus entrevistas con Sedecías, le ofrecía la perspectiva de salvar su existencia, si quería someterse.

Ezequiel aparecía más reservado, pero en el fondo no eran menos sombrías sus previsiones. En sus profecías no se ven más que reconvenciones y amenazas, aunque mostrábase consolado de los peligros que corría Jerusalén, con la destrucción de las poblaciones fenicias, cuya civilización industrial, rica y mercantil, le parecía la menor abominación. El mismo furor demostraba contra Egipto, cuya prosperidad parecía orgullo a los jehovahistas fanáticos y les disgustaba grandemente.

El cerco de Jerusalén avanzaba fatalmente. El hambre apretaba; las poblaciones de Judá caían unas tras otras. Lakis y Azeka eran las únicas que resistían. Reinaba la desolación en todo el país de Benjamín. El gobierno de Jerusalén demostró energía y actividad. Bien para proporcionarse hombres capaces de manejar las armas, bien para complacer a los pietitas cumpliendo una ley del *Deuteronomio* que nunca se había puesto en práctica, se proclamó la emancipación de todos los esclavos hebreos, mediante un pacto solemne celebrado en el templo, y en el cual tomó parte el rey. Se cortó un toro en dos pedazos, y según uso, las personas que firmaban el pacto pasaron entre ambas mitades de la víctima.

Hasta entonces no había llegado ninguna ayuda de Egipto. Ouafra dejaba destruir separadamente a sus aliados, y ya no se esperaba nada de él, cuando se supo que aparecía en la frontera un ejército egipcio. Nabucodonosor levantó rápidamente el sitio de Tiro y el de Jerusalén para dirigirse al Sur. La opinión general de los profetas era que los egipcios serían vencidos y Egipto invadido. Egipto, para los profetas, representaba esencialmente al mundo idólatra. Más o menos adictos a Nabucodonosor, considerado instrumento de Dios, odiaban a muerte a Egipto. Su destrucción les parecía el principio de la salvación de Israel.

La aniquilación de Egipto y Etiopía por Nabucodonosor inspiró a Ezequiel cinco declamaciones que pueden incluirse entre los trozos literarios más preciosos de la antigüedad. Lo peor fue que nada de lo que allí se vaticinaba llegó a cumplirse. Los cantos de Ezequiel se parecen a *Los Castigos* de Víctor Hugo, el cual sentía por Ezequiel una admiración que explica estas semejanzas.

Se desconoce lo que ocurrió entre el ejército caldeo y el egipcio. Lo seguro es que Egipto no fue invadido ni deportados sus habitantes, como había soñado neciamente Ezequiel. Tal vez los dos soberanos poderosos hicieran las paces a costa de sus aliados, más débiles. Lo cierto es que Nabucodonosor volvió prontamente al Norte. En Jerusalén nada se ha-

bía hecho para aprovechar este armisticio. La poca profundidad del sentimiento moral en las masas se demostró de un modo muy triste. Los propietarios de esclavos libertos, creyendo derrotado al ejército caldeo, volvieron a apoderarse de estos infelices. Jeremías se indignó con muchísima razón. Entonces Jehová, por mediación suya, anunció que volvería el ejército caldeo para destruir a Jerusalén y las ciudades de Judea, y Nabucodonosor reanudó, en efecto, el sitio.

Jeremías jamás había creído en la retirada de los caldeos, y era lógico que se supusiera que deseaba su vuelta. Como tenía posesiones en Anathoth, a las que se dirigía frecuentemente, se le veía a menudo en las cercanías de la puerta de Benjamín, muy cerca del campamento que habían ocupado los sitiadores y que éstos volverían a ocupar. También se le vio cerca de esta puerta un día que coincidió con el resto de los caldeos. Se supuso que intentaba pasarse al campo enemigo. Se le detuvo y llevó ante los *sarim* o ministros de la defensa nacional, que lo mandaron azotar y encerrar en casa del *sofer* Jonathán, convertida en cárcel. Estaba incomunicado y apenas le daban de comer. El rey Sedecías, que en el fondo creía en él, le mandó llamar a escondidas y le preguntó si había recibido algún oráculo de Jehová. Jeremías le dijo que recurriera a sus profetas, que le habían anunciado que los caldeos no volverían. Se lamentó del trato que le daban en la casa de Jonathán, declarando que iba a morir si aquello seguía. El rey no se atrevió a libertarlo por la animosidad de los *sarim* contra él; pero dio orden de trasladarlo a la prisión del palacio real, patio grande abierto donde los presos, con los pies metidos en cepos colocados a lo largo de las paredes, estaban en comunicación con el pueblo. Se le asignó un pan diario, y se le estuvo dando hasta que se acabó el pan en la ciudad.

En la cárcel constantemente lanzaba predicciones siniestras, y excitaba al pueblo a rendirse a los caldeos para salvar la vida. Los ministros expusieron al rey que esto desanimaba a la gente de guerra que quedaba en la ciudad. Sedecías cedió a su pesar, y los ministros se apoderaron de Jeremías y lo bajaron con cuerdas a una cisterna vacía, cuyo fondo estaba lleno de lodo, en el cual estuvo metido Jeremías hasta algo más de medio cuerpo.

El eunuco Ebedmeleck informó de esto al rey (que se encontraba en la puerta de Benjamín), y Sedecías ordenó sacar al profeta de aquel lugar horrible. Ebedmeleck le sacó y le encerró de nuevo en el patio de la prisión contigua al palacio.

Cada día aumentaba más su osadía. El porvenir inmediato se le aparecía con sombríos colores, pero más allá de las tristezas del presente entreveía tiempos mejores en los que Israel sólo tendría un camino y un corazón, y existiría la religión perfecta. Ya estaba medio destruida la ciudad, ya se atacaba al palacio real, y todavía anunciaba la prosperidad futura de Judá y Benjamín.

El rey le vio de nuevo, pero no pudo obtener de él más que esta respuesta: «Ríndete y salvarás la vida. Si no, sufrirás muerte y fuego.» El desdichado Sedecías, convencido por las palabras del profeta, quería obedecer a Jehová y rendirse, pero, aterrorizado por el partido de la guerra, pidió a Jeremías que no diera a conocer esta conversación. Así lo

hizo Jeremías, que siguió encerrado en su cárcel hasta la entrada de los caldeos.

El fin se acercaba con rapidez. Se abrió una brecha en la muralla del Norte. La ciudad ya no podía defenderse. Una noche la gente de guerra, llevando al rey consigo, hizo una salida en masa por el camino de la puerta que había entre los dos muros frente al jardín real. Forzaron el bloqueo de los caldeos y tomaron por el valle el camino del desierto. Pero los caldeos los persiguieron y alcanzaron en la llanura de Jericó. La tropa se dispersó. Tomaron prisionero al rey y se le llevó al cuartel asirio en Ribla. Se le formó causa como a un vasallo rebelde; y sus hijos fueron degollados delante de él. Nabucodonosor con sus propias manos le sacó los ojos, y luego se le echaron dos cadenas de bronce. Así fue llevado a Babilonia (558) y encerrado en una pequeña cárcel hasta que murió.

Habiendo salido Sedecías, los caldeos entraron en la ciudad y esperaron instrucciones de Ribla para obrar. A las cuatro semanas Nabuzardan, jefe de la guardia de Nabucodonosor, llegó a Jerusalén, con órdenes de destrucción. Mandó quemar el templo, el palacio real y todas las casas fuertes y bien construidas. El ejército caldeo se ocupó en demoler la muralla. Se quitaron del templo todos los metales preciosos. Las columnas y cuantas cosas quedaban de las obras de Salomón fueron cortadas a trozos, metidos en sacos y llevados a Babilonia. Sólo quedaron los recios muros que servían de sostén a las ornamentaciones. Así terminó el famoso palacio contruido por Salomón, siglos antes.

Dentro de él había la llamada *oulam hammou diu*, «sala de las columnas», especie de galería de pilares con un atrio. Esta sala precedía al salón del trono donde el rey dictaba justicia y daba sus audiencias solemnes. Este salón estaba cubierto de cedro tallado, desde el suelo al techo. El trono, colocado sobre un estrado de seis gradas, se consideraba una maravilla. Estaba revestido de marfil, incrustado de oro, y cubierto en lo alto por una media cúpula. Los brazos descansaban sobre leones. Otros doce leones dorados estaban en fila en las gradas, seis a cada lado. La mesa del rey no inspiraba menos admiración. Toda la vajilla era de oro puro. «Nada era de plata —dice el *Libro de los Reyes*—. La plata apenas tenía valor en tiempos de Salomón.»

Esta parte del palacio era la abierta a todos. Después se hallaba, dando a otro patio, la habitación del rey, decorada como la sala del trono. Luego el palacio de la reina, análogo a las salas precedentes; después el harén, del cual el narrador no hace mención particular, siguiendo los usos de Oriente. El palacio de Salomón estaba rodeado, como el templo, de un recinto de tres filas de piedras talladas, coronado de una construcción de cedro que formaba una especie de galería saliente.

Además de este gran conjunto de edificios, unidos entre sí, había lo que se llamaba el «bosque del Líbano». El piso bajo de este singular edificio tenía efectivamente el aspecto de un bosque. Hay que imaginarse un patio rectangular construido con piedras colosales, sin ventanas, y con sólo una puerta. Cuatro filas de columnas de cedro levantadas paralelamente al muro, señalaban a cada lado cuatro avenidas. Este paseo cubierto de un techo, servía de soporte a tres pisos de habitaciones que se extendían a lo largo del muro. Había quince habitaciones en cada

piso, o sea cuarenta y cinco en total. Las ventanas tenían marcos de cedro. Estas construcciones nos recuerdan las casas actuales de Asia Menor, construidas de madera entrelazada con un grueso muro como apoyo.

El «bosque del Líbano» era un arsenal. En él se guardaban 200 grandes escudos y 300 escudos pequeños y dorados, armas de parada destinadas a los guardias del rey, que sólo se entregaban a éstos en los días que debían usarlas.

Nada existente en el arte actual puede darnos una idea del estilo de estas contrucciones bizarras, que ofrecían el contraste de las masas más pesadas y los accesorios más ligeros. Las maderas de primer orden que Jerusalén sacaba del Líbano, daban a estas construcciones un carácter desconocido para Egipto y Grecia. Un solo bloque de piedra formaba el espesor del muro. Por esto el bloque estaba trabajado y pulido con gran arte por todas sus caras. Las bases eran de piedra de ocho o diez codos. Un tipo perfecto de este género arquitectónico, entre lo que actualmente existe, es el gran recinto de Hebrón, que fue únicamente la armadura exterior de un palacio, semejante al que se llamaba en tiempo de Salomón el «bosque del Líbano».

Nabucodonosor ordenó la deportación de todos los habitantes (incluso los que se habían pasado a los caldeos), que sumaban 832 personas. No dejó más que alguna gente baja, como viñadores y cultivadores. Los asirios tenían la odiosa costumbre (como los pieles rojas) de elegir a los notables entre los vencidos para arrancarles el cuero cabelludo delante del rey. Nabuzaradán eligió para ello al sumo sacerdote Jeraiah, a su segundo, Sefaniah, a los tres guardias del serrallo, a un *saní*, administrador de los hombres de guerra, a cinco funcionarios de la corte, al *sofer* que alistaba al pueblo, y a sesenta particulares que había en la ciudad. Se les llevó a Ribla y fueron torturados en presencia del rey.